Mano Izquierda Editores

Mi ruta de la Serpiente

Abel Guzman Rospigliosi

Mi ruta de la Serpiente

Abel Guzmán Rospigliosi

Mano Izquierda Editores

Mi Ruta de la Serpiente
Abel Guzmán Rospigliosi, 2006.

Ilustraciones de Pablo Amaringo, pintor peruano (1938 – 2009)
Imágenes escaneadas de su libro *Ayahuasca Visions: The religious iconography of a peruvian shaman*.
North Atlantic Books, pp. 160, ISBN 9781556433115.

Edición al cuidado de Mano Izquierda Editores.
Impreso por Mano Izquierda Editores.

Circa Lima – Perú, 2013.
Nueva digitalización, 2015.

(El texto que sigue fue escrito el sábado 14 de enero del 2006)

Introducción

Primero comienzo disculpándome por no escribir ni chequear el internet en esta semana. Pero era parte del proceso de la purga con el ayahuasca. Luego de haberlo tomado, de haber tenido la experiencia alucinatoria-psicodélica y enteógena de mi vida, siguió un proceso de limpieza, en el cual debía tomar una dieta sana posterior a la toma, y reposar mucho, dado la actividad en trance en que estuve, expuesto por decirlo así. También era conveniente evitar cualquier contacto con los electrodomésticos, de modo que la televisión ni hablar, salvo mi pequeña azul donde escucho mis discos de música. Y la computadora, recién hoy sábado me someto a sus irradiaciones para escribir lo que vi. Y sigo escribiendo, como verás.

Anteserpiente

Comienzo diciendo que en pleno ayuno, me sentí algo debilitado por lo que no consumo carne ni dulces (como chocolate, léase noggitos -noggys-) ni leche con avena. Es un ayuno un poquito arduo. Cinco días en ese plan de quitarse la buena comida, hasta llegar al día domingo, cuyo último vaso de agua fue muy apreciado. Después, 24 horas de aguante con total estoicismo. "Todo sea por la purga."

Entrando a la ruta de la serpiente

Leo cualquier cosa. Así de la nada leo La Naranja Mecánica, una novela ultraviolenta. Pero también leo la recopilación de textos que ha recogido el neochamán, con quien voy a tener la sesión con el monohuaska. El tema es, precisamente, el ayahuasca. Ahí aparece una serie de documentos donde se explica qué es el ayahuasca, desde un punto de vista médico, filosófico, incluso hasta legal, y donde te informas que por sus componentes químicos, se usa ayahuasca para tratar a los drogadictos para purgarlos de su adicción. Tanto en Tarapoto como en Barcelona y otros países del mundo, se hacen investigaciones

científicas sobre el ayahuasca como medicina general del cuerpo. También habla de artistas que con el uso de el ayahuasca, han logrado unos avances artísticos increíbles.

Hoy lunes nueve de enero del año dosmilseis, despierto con cierto temor, casi el mismo, pero en menor grado, cuando sabía que tenía que ir al dentista o al doctor. Pero soy consciente de que lo que haré será otra cosa. Escucho entonces mi disco de icaros, o cánticos chamánicos que los mismos chamanes aprenden en pleno trance con el ayahuasca, para usarlos al igual que los mantras o las palabras que fortalecen. Me siento más relajado y respiro más calmado a la tercera canción. Son las nueve de la mañana y me entristece saber que no puedo tomar desayuno. Ni un vasito de agua siquiera. Pero como dice el lema: "todo sea por la purga".

Ahora que se habla de psicotrópicos y enteógenos (cuestión de los términos correctamente utilizados), cabe decir que si bien el Peyote y el San Pedro logran activar tan sólo el 40 por ciento de tu cerebro, con el ayahuasca logras activar más allá del 90 por ciento. Y así seas incrédulo, carente de fe, ateo, o lo que fuere, con el ayahuasca sí o sí ves de todas maneras. Hay que señalar también que la ayahuasca no es alucinógeno, sino un desalucinador. Alucinar es ver cosas que

no existen. Estás con tu droga sintética, jajaja jujujú de arriba-abajo, y después se acaba. Y quieres más. Te vuelves adicto. Pero el ayahuasca es un enteógeno, que quiere decir "que genera la vivencia de Dios dentro de nosotros". Hay partes psicodélicas, es cierto, pero con un mensaje que tu propia conciencia te da a conocer, existe el mensaje de fondo. Y al ser desalucinador, ya que te muestra el mundo real tal como es, y no lo que creías hasta el momento, también es purgativo: con un tratamiento te cura de cualquier adicción. El ayahuasca es una planta madre, la madre de todas las plantas amazónicas.

Ya apenas falta media hora para que sean las cuatro de la tarde. Qué nervios. Parece que fuera al kinder de colegio o qué sé yo. El típico temor frente a algo nuevo que cometemos en la vida, sin saber bien de qué se trata. Me preparo con todo lo requerido: el buzo para aguantar el frío debido a la inmovilidad del cuerpo durante el trance, la toalla en caso que sude, el papel higiénico para los mocos o las náuseas, y mi reloj para controlar el tiempo, ya que debo estar de vuelta a las once.

Ya son las cuatro en punto y estoy en la casa del neochamán. Su nombre es Ronald Rivera y es pucallpino de nacimiento (en la selva amazónica del Perú). Dice haber conocido la ayahuasca a los 22

22 años, y está inmerso en ese mundo desde hace tiempo. Ha recopilado todo lo imaginable del ayahuasca por internet, al igual que los libros que hablen sobre la planta madre, y el arte basado en la ingesta del mismo (pintura, música, literatura). Ha llevado la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dice ser neochamán porque le bastó con una serie de sesiones con el ayahuasca, para adquirir todo el conocimiento que tiene sobre el arte de curar y la sabiduría del chamanismo. Tiene en proyecto dos libros que traten de la "liana de las almas", como también se conoce al ayahuasca. Ahora tiene 38 años y está felizmente casado con Kapulana, su mujer.

Ronald Rivera maneja el concepto que una sesión de ayahuasca se puede dar en cualquier sitio, tanto en la selva como en la modernidad de las grandes ciudades, como Lima en este caso. No es necesario viajar a Tarapoto o a Pucallpa para una sesión exclusiva con el ayahuasca. Puede darse también en el confort que una ciudad costeña ofrece, teniendo cerca el baño, que es lo primordial. Luego, Ronald señala que él te brinda todo lo necesario para que tú mismo descubras quién eres. Él no se vale de la superchería y la charlatanería que suelen usar los chamanes al momento de una sesión, y que no es el estereotipo que se tiene del maestro que le dice la verdad

al discípulo, sino que es el discípulo quien debe descubrir su propia verdad. Ronald te ofrece el ayahuasca, y tú mismo debes seguir en el camino que te has propuesto: el de descubrirte espiritualmente, que era lo que proponía Sócrates, "Nosce te ipsum", o Conócete a ti mismo. ¿Cómo? Buscando en tu interior. Y el ayahuasca es uno de los caminos directos para hacerlo. Pero eso sí, en compañía de una persona que vele por tí y te guíe a medida que dure el viaje personal.

Creí que llevaría una sesión unipersonal con el neochamán, pero me cuenta que también estará una chica que es bailarina. Y otra que es artista que planea hacer arte con ayahuasca a través de su cámara. Bueno, al menos no estaré tan solo. Pasan los minutos, y es Ronald quien dirige esta pequeña reunión social previa a la toma. Nos presentamos entre los cuatro, de lo cual deduzco que: a) la bailarina es muy reservada, tan sólo habla con Ronald, y dice que quiere desarrollar más su lado artístico; b) la artista es directora de cine, y no sé cómo va a grabar la sesión si se realiza a oscuras, y lo que ve cada uno lo ve dentro de su cerebro, nada es externo para que lo grabe con su cámara [no iba a tomar, sólo a grabar]; c) ya van a ser casi las cinco y, sacando cuentas, si todo esto demora, quizás llegue a las doce a mi casa, más tarde de lo previsto. Pero sigamos.

A poco de empezar la sesión, el neochamán prepara el ambiente: tapa con las cortinas la ventana que da a la calle, para estar a oscuras y entre velas, mientras que Kapulana, su mujer, llena la sala con humo de palosanto. Nos dan las colchonetas donde estaríamos durante todo el trance y los baldes con las bolsas de plástico. Se escucha música new age de fondo, de esas que sirven para la meditación. Que a pesar de todo, Ronald nos dice que estemos tranquilos, nos relajemos y nos dejemos llevar por lo que veremos. Y ni más pasamos a la siguiente sección.

En la ruta de la serpiente

Después de tanto revolver y revolver la botella que contiene el mágico elixir del conocimiento, Ronald le ofrece la primera copa a la bailarina. Le pide, como si fuera una torta con velas, que antes de pasar todo el trago de la boahuaska, piense en el deseo que espera en el viaje. Veo como la bailarina se lo traga todo de sopetón. Hace un gesto de desagrado: sí es amargo. Sigo yo: Ronald me mira a la cara y me dice: "que puedas ver a tu maestro interior". Y me pasa la copa (calculé 70 mililitros). Yo veo que es una mezcla marrón claro, y pido pues, ver a mi maestro interno, para hacerle unas preguntas. Veo la copa, y me digo a mi mismo: "¿lo voy a hacer? es increíble que voy a

hacerlo". Y juácate, tuve que tomarlo de un solo golpe. Era amargo. Qué asco. ¿Sabes a qué sabía? A regurgitación de vómito cuando estás con la gripe, a ese sabor que te queda en la garganta y en la boca luego de haber vomitado. Preferí pensar que sabía a pegamento Triz o cualquier otra cosa. Con eso pude aguantar el trago amargo.

Pasaban los minutos, ninguno de los dos sentíamos algo. Ronald nos preguntaba si ya sentíamos los efectos, y le respondimos negativamente. Sugirió, que si en una hora seguíamos sin sentir algo, podía darnos un dedito más de boahuaska. Al parecer, la directora de cine cayó en la cuenta que no iba a sacar nada en concreto grabándonos a los dos, ya que tan sólo vería como cerramos los ojos y estaríamos echados todo el tiempo. Así que decidió irse, y después quedamos sólo Ronald, Kapulana, la bailarina y yo.

"¿Sienten algo?", nos preguntó de nuevo Ronald. "Nada", le respondimos. De pronto, retiraron las velitas, para quedar completamente a oscuras. Y no sé por qué, pero estaba sentado, y veía los pliegues de la rodilla de mi pantalón. Como que se agrandaban los pliegues, y me asusté un poco. Dada mi naturaleza de pollo, fui el primero en caer con el brebaje. Decidí echarme, y ahí prácticamente comenzó el viaje.

El viaje psicodélico

¿Qué es eso? ¿Por qué veo esas figuras extrañas? Abro los ojos y veo el cuarto a oscuras. Cierro y veo de nuevo las extrañas figuras. Se mueven al compás de la música. Pero espérate: la música, ¿es así? La música de relajación que veníamos escuchando era continua, seguía de largo, pero ahora lo escucho como si fuera un concierto rave. No suena normal: se repiten algunos fragmentos de la melodía new age al igual que un DJ manipula sus discos y le da el aspecto de lo que se conoce como música electrónica. Con mis ojos cerrados yo prácticamente veía un vídeoclip tipo MTV (**M**adonna **T**e **V**iola) de música electrónica. Pero qué colores: los del arco iris por todos lados. Así como ves el arco iris en un CD, igualito lo veía todo aquí, formando parte de la trama del fondo psicodélico.

¡Carajo!, me digo, estoy viendo lo que vieron los artistas de los años 60s, 70s, la psicodelia tal como es. Me siento hippie. Increíble. Y todo se mueve al compás de la música electrónica que mi oído así lo interpreta. Pero no sabes lo de los colores. Vislumbro figuras extrañas. Tienen ojos oscuros. Parecían robots, compuestos tan solo de engranajes y se movían al compás de la melodía. Bailaban ante mí, y de pronto, uno de ellos, con sus brazos-engranajes me empieza a cortar

en trozos mi brazo y hombro derechos. Siento calambres finos, siento que me cortan vivo mis brazos, mis hombros, el tórax. Sentía ser pedacitos de carne molida en cuadraditos. Respiro profundo, abro los ojos y me doy cuenta que es parte de la alucinación. No le digo nada a nadie de mi descubrimiento psicodélico. Cierro los ojos y sigo viendo las figuras extrañas, de ojos oscuros. Si en un principio me debieron dar miedo, porque estaba sintiendo eso, me dije: "déjate llevar".

Y seguí viendo las figuras extrañas. De pronto, el tipo de los engranajes, que no era uno, sino como tres, cinco (se repetían detrás suyo), se convirtió en chica, también de engranajes, y el engranaje se volvió peluca, de varios colores, veía a la chica moverse a la onda disco, con su peluca, su vestuario, y no era una sola, sino la misma, pero repetida tantas veces detrás, y a los costados. No cesaba de ver los colores arco iris-CD por doquier. Todo era tan confuso, tan nuevo para mí. Primera vez que sueño despierto. Abría mis ojos y estaba en el cuarto, cerraba y estaba con el cerebro bullendo de psicodelia pura. Si pudiera recordarlo bien para pintarlos luego, o hacer un vídeo clip computarizado de eso... No sé por qué, pero era un rey bailando, repetitivamente con la chica, o chicas de la onda disco. El rey también era tantos reyes. Tenía corona y barba gris larga, y con un traje moderno bailaban ante mí. El fondo era celeste (los fondos también

también mutaban, se transformaban) con rombos plateados, y destellos de arco iris-CD que no paraban nunca. Me sentía estar en un mundo alucinante. Enteógenamente alucinante.

Después el fondo parecía ser la puerta de un castillo cósmico, porque se divisaba estrellas. Pero esa puerta me llevó al universo, caminando hacia la derecha. La puerta dejó de ser puerta, era un túnel tipo subterráneo-metro con mayólicas celestes, y siguiendo por ese túnel (lo que me llamó la atención era que caminaba hacia atrás), ¿ya lo dije? Vi el universo. Pero antes de entrar ahí recuerdo haber hablado con una voz que me calmaba. Me decía que estaba bien, sano y limpio. Que no tenía nada malo. Lo curioso es que yo conversaba con esa voz, y lo situaba a mi izquierda. La voz lo escuchaba, pero no era ninguna de las figuras que seguían bailando. Intuyo que era mi maestro interior. A veces no me respondía todas las preguntas que le hacía. Se quedaba callado o me hacía mirar aún más las imágenes en movimiento. Pero lo que si recuerdo con claridad es que al entrar al Universo, lo sé, lo hablo como si dijera, vamos a entrar a la sala, o al baño.

Cuando entré al Universo, vi un concepto diferente de lo que era eso, vi el Universo que yo alguna vez lo soñé (y que nunca recordé)

cuando tenía cinco años. Porque esa era la otra, había fragmentos de imágenes que recordaba haberlos visto antes. En un momento me di cuenta que yo, Abel Guzmán Rospigliosi, era una cáscara. Es decir, todo lo que me veo afuera, con los ojos abiertos, en la vigilia, era nada más que una cáscara. Mientras que con los ojos cerrados, en pleno trance, me sentí lleno de vida, completo, sano. Multicolor. Radiante de luz, colores, paz y amor. Mi piel, mis brazos, mis manos, mi cuerpo, no era más que una cáscara. Pero adentro era un alma de colores. Y me di cuenta que estaba dentro de mi cráneo, que el universo estaba dentro de mi cráneo, dentro de una cúpula de catedral. Adentro era luz, y afuera la bendita cáscara que me hablaba la voz. Me di cuenta que yo era un volkswagen escarabajo (eso por lo del cráneo, el hueso craneal). Que era tan casco de guerra (eso también por lo del cráneo), que dentro del casco estaban los colores de mi vida. Y de pronto, al ver otras figuras, me di cuenta que eso era el Universo. Estaba maravillado con todo lo que veía.

¿Y qué vi? Un universo compuesto de semillas vivientes y capullos de mariposas, que volaban e iban aquí, allá, por acullá. Era una suerte de ciudad de muchos colores, en constante movimiento, nada se detenía. Todo eran colores vivos, eran almas (así lo supuse en el momento) que permanecían en movimiento constante. Yo, en medio del

universo, me sentí también capullo de mariposa. Es raro el término, lo sé, pero veámoslo así: no éramos mariposas, sino los capullitos de transición de oruga a mariposa, y nos movíamos así. Teníamos pequeñas alas con las cuales nos desplazábamos, pero no eran alas grandes de mariposa. Luego, donde me refiero a ciudad, en verdad lo digo así por lo intrincado del paisaje: parecían casitas pero todo era una, por decirlo así, una pequeña ciudad natural, un jardín de selva. Acaso era un árbol frondoso y se desarrollaba toda una actividad de capullos-almas en movimiento constante. Incluso había capullos ancianos. Y se movían con absoluta libertad. Vi que me llevaban a un lugar que parecía una suerte de templo, en el cual se concentraba una luz demasiado blanca, casi que llegaba a ser amarilla o cualquier otro color. Y me dijeron (ya no era una voz, sino los capullos) que era Dios, que si quería verlo. Yo, curiosamente les dije que no, que era mucho para mí comprender que existía, y estaba ahí esa luz blanquecina. Sentí que era la presencia de Dios. Que existía. No quise verlo porque ya era demasiado para mí, era como decir, el colmo de los colmos, verlo. Bastante tenía con saber que esa luz radiante y pura era Dios.

Y vi a mi abuelita (mi Mamama Haydeé). Ella era un capullo de mariposa multicolor y conservaba su cara, por supuesto que estaba

viendo su alma, pero su cara lo conservaba, con esos anteojos. Yo mantenía un lazo especial con ella, ya que siempre iba a visitarla a su cuarto y conversaba con ella. Hasta que a los cinco años no la vimos más (se murió). Y ahí estaba de nuevo, preguntándome por Nopo y Gonta (personajes de un programa de televisión), siempre querida y recordada, y estaba allí cuidándome y protegiéndome. Me sentí muy abrazado por ella, ella estaba allí, y me cuidaba. Esa ciudad-natural estaba en movimiento. Veía a otras personas, sus almas, que eran tan capullos de mariposa, tan semillas vivientes, y a pesar de sus deformes caras, porque estaban algo deformadas por la vejez, yo los veía y no me daban ni asco ni pavor. Los quería, los sentía tan míos, eran como diablillos, monstruosillos, algunos ya bien viejos, y no me causaban rechazo. Y se movían por aquí, por allá, por acullá.

A veces de tanto abrir los ojos al cuarto oscuro, veía pequeños puntos luminosos con los ojos abiertos. Pero los cerraba y veía otras partes de esa **ciudad-universal-cúpula-natural-árbol-de-semillas-vivientes,-capullos-de-mariposa-y-almas-multicolores-lo que-estaba-dentro-de-esa-cáscara-que-era-yo**. Un detalle que quería resaltar, era que cuando estaba en ese universo, la voz me dijo que en mi lado izquierdo estaba mi papá, y en el lado derecho mi mamá. Ahora que lo pienso, se refería al lado masculino (izquier-

da) y al lado femenino (derecha). Yo estuve en contacto con ambos lados. Pero ahora que escribo esto, pienso, también se refería a los dos hemisferios de mi cerebro. Porque cuando tomas el ayahuasca, ambos hemisferios entran en actividad y se encuentran. A eso quizás también se refería. La verdad que vi tantas cosas, tantas imágenes, tantos sonidos superpuestos sobre la música de fondo (que ya lo escuchaba normal, sin esos cortes repetitivos de rave).

En un momento vi una serie de serpientes pequeñitas, pero fue algo cortito. Más no vi. También durante el viaje vi unas grietas, por decirlo así, donde se ocultaba lo oscuro, los colores negros en su totalidad estaban detrás de esas grietas. Y escuché la siguiente advertencia: "¿Ves eso negro de ahí? Es el infierno (tus temores, tus demonios internos). Ahí te llevaremos si haces un segundo viaje, para que te los enfrentes." Y le dije que no a la voz que me advirtió, que no quería entrar ahí. Tuve un pequeño susto, pero después seguí viajando en medio de las figuras psicodélicas. Y así pasé las siete horas seguidas de la visión cinematográfica del sueño, o el viaje con la ayahuasca. Siete horas sin parar. Me relajaba respirando y suspirando profundo cada cierto rato. También lagrimeaba. Y bostezaba. Y los calambres eran imparables. Pequeños calambres, pero los sentía, sobre todo en las manos. En un momento del trance, recuerdo que empecé a mover los

brazos. Hacia arriba. Volaba con los brazos. Bailaba con los brazos. Habré estado una media hora así en ese plan de bailar con los brazos. Cerraba los ojos y veía tramas que se movían melódicamente, y sentía de lejos el movimiento de mis brazos. Fondos de color rosado, líneas blancas que se movían como ondas circulares de radio que venían de la música (hay momentos en que ves la música cómo se mueve), fondos celestinos, amarillentos. Eso sí parecía ser un rave. Yo estaba en pleno delirio extático. Y mi cuerpo me correspondía con eso. Pero de que volaba, volaba. Me sentí libre ahí. Sentí no ser yo sino nada. La nada refulgente. Parecía que iba a dejar mi cuerpo. Me sentía pájaro de manos. Es decir, mis plumas eran mis dedos, mi cuerpo las dos manos. Y volaba volaba volaba...

El boahuaska se va despejando

Ya por la séptima hora el trance era liviano. Pensaba cosas sin sentido. Ya no recuerdo casi nada de esa parte. Pero no tenía lógica. Aún seguía viendo las imágenes. Hasta la séptima hora ya había purgado. Es decir, había vomitado (no hay sesión en el cual es inevitable vomitar). Se decía ver metáforas de lo que expulsas de tu cuerpo al momento de vomitar. Pero yo no vi nada de eso. Vomitaba porque sentía eso, las ganas de vomitar. Expulsé, sí, de buena manera lo que

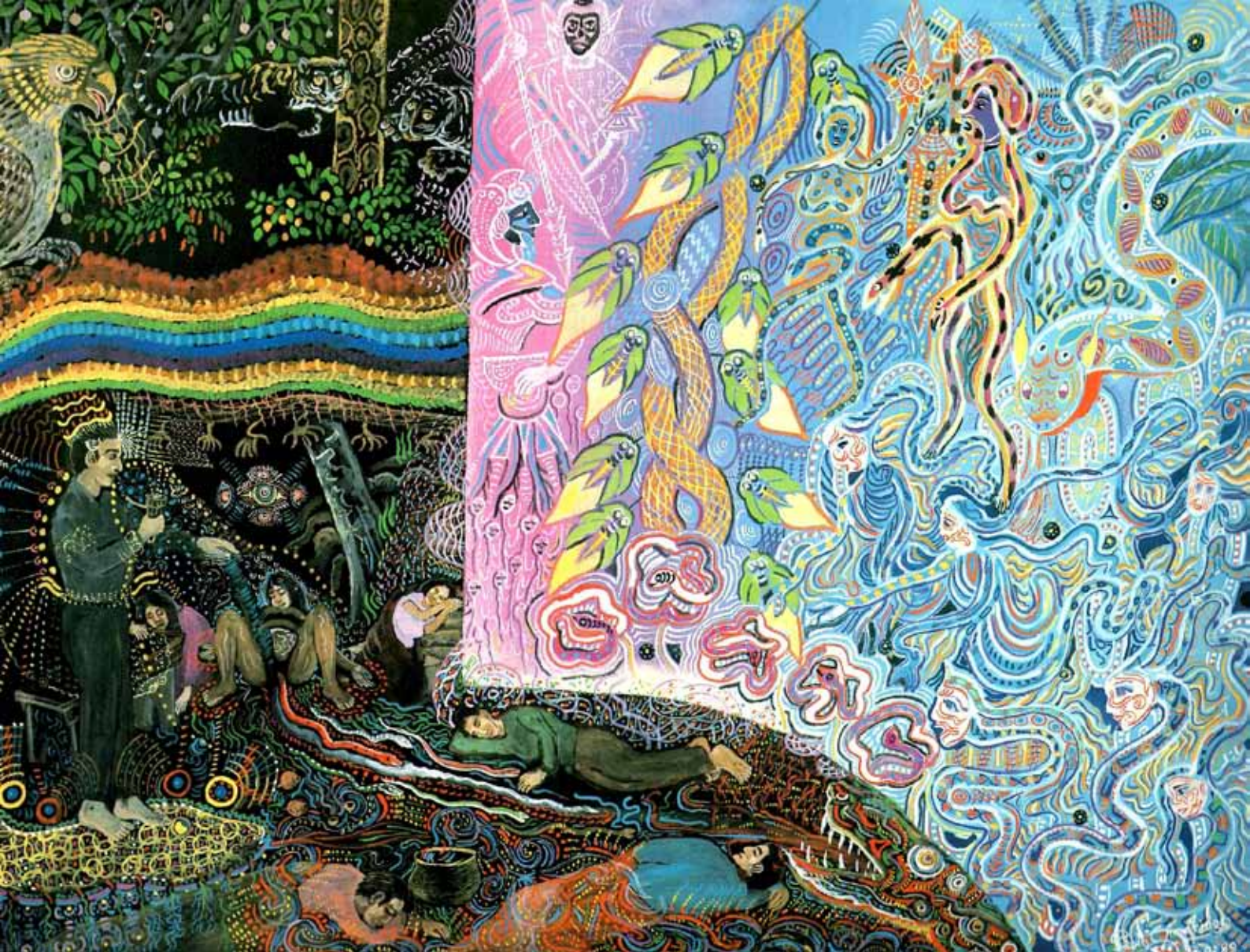
tenía guardado en el cuerpo. Si bien no vi el reflejo metafórico de lo que vomitaba (como alguna ira acumulada, un odio guardado tantos años, traumas, etc.), al menos en las arcadas, sentía que me estaba sacando un peso enorme de encima. Claro que me aturdió vomitar. Mi meta era no vomitar. Pero aún así tuve que hacerlo.

De pronto ya había dejado de bailar con los brazos, de sentirme pájaro. Y estaba reposando de lo más bien, viendo las imágenes, cuando de pronto como que vi un cúmulo de imágenes que iban demasiado rápido. Abrí los ojos y lo primero que hice fue coger el balde y vomitar ahí. Uuaajghhh! Y entonces se acercó Kapulana, y me contuvo el balde a medida que seguía vomitando. Vomitaba, pero más que nada entre flema y los ácidos gástricos (no había comido nada). Se me acercó Ronald y me dijo que respirara profundo, que estaba ahí y empezara a respirar profundo. Le hice caso. Y me calmé un poco. Pero no paraba de vomitar. En un momento, como que dejaba el balde, trataba de serenarme en plena situación nauseosa. Ya no quería echarme. Permanecí sentado. Hablaba de la posibilidad de echarme en la colchoneta cuando me calmara, pero lo sentía como si fuera a dar una caminata hasta la esquina. O sea, yo estaba sentado, pero hablar de echarme en ese momento era hacer algo demasiado grande. Enormemente grande. Y permanecí sentado, algo incómodo,

pero no sentía los brazos por el trance. Y seguía viendo las imágenes.

A veces me volvían las arcadas. Y llegó un momento en que ya no vomitaba nada. Sólo eran las arcadas. Pero en ningún momento vi una metáfora de odio, de botar a tal o cual persona. Estaba limpio. Sería más o menos la quinta hora del viaje. Desde entonces estuve sentado y no me volví a echar (estaba seguro que si lo hacía, me volvían las ganas de vomitar). Creo que estuve una hora así. Dudando entre vomitar o no. A veces cogía el balde para escupir. No paraba de escupir. De tanto ver las imágenes en movimiento, me aturdía, ya sentía que me cansaba, le pedía al ayahuasca que por favor la cortara, que no siga más, pero ella me conducía a seguir viendo las imágenes, y bueno, a seguir viendo el show.

Después de un buen rato en que estaba sentado, se me acercó el neochamán y me untó con un aceite, (me enteraría más tarde que de copaiba), mientras me hacía un masaje muy reparador en la espalda. Lo curioso es que cuando me hizo el masaje, vi una trama de color negro en el cual resaltaban líneas romboidales blancas y parecían las escamas de una gran boa. Después como que mutó a una extraña figura compuesta de rombos y cajoncitos. Kapulana, por su parte, me pasaba por la cabeza esencias naturales de no sé que cosa,



pero olían rico, parecían olores de la Amazonía.

Serían más o menos las doce cuando los efectos del enteógeno se iban disipando. Ya habían pasado siete horas desde que a las cinco la bailarina y yo tomamos el ayahuasca. Ella no paraba de hablar. No pude escuchar gran cosa, por lo bajito que hablaba. Pero estaba tan locuaz. Más hablaba con Kapulana. Yo aún seguía en tránsito nauseoso, controlándome para no vomitar más, a pesar que había pasado una hora y media desde que fue lo último. Pero ya sentía menos calambres, sobre todo en los brazos y manos. Podía empezar a ver lo de afuera. En ese momento estaba hipersensible a la luz, sentía que me encegaba, era lo que se conocía como fotofobia. Pero pasaban los minutos, y me acostumbraba poco a poco.

La larga ruta hacia la casa

Ya pude más que nada controlar mi náusea latente, e incluso pedí algo para tomar. Pero pasaban los minutos y me preocupaba llegar tarde a mi casa. Ya era más de la una de la mañana y mi temor era que no pasara ni un miserable micro. Pero regresé sano. Me sentía más alegre, más sensible. Aprendí muchas cosas viendo las imágenes. Tal vez eso era lo que tenía dispuesto mi maestro interior: ver esas

tiernas imágenes (durante el buen momento del trance) coloridas, enseñarme mucho sin decir una palabra sino mediante los símbolos y las ideas que me transmitían las imágenes. Hasta ahora intento descifrarlas y deducirlas. Pero esto para mí fue el primer viaje, yo, un capullo de 21 años, que tomé ayahuasca decidiéndolo solito, junté mi plata, consciente que lo que hacía no era meterme en un extraño mundo, sino el de una terapia que me ayudaría mucho en la vida.

Hice lo que hice, porque necesitaba una terapia, una purga total de mi cuerpo. Nunca antes había ido a un psicólogo ni nada por el estilo. Bastó esta primera sesión para trabajar en conjunto con mi maestro interior y darme una serie de observaciones sobre ciertos aspectos que he tenido en mi vida, y que aún lo sigo trabajando. Porque una sesión con el ayahuasca no termina en las seis o siete horas del vuelo, sino que sigue, al día siguiente, a la semana, al mes, al año inclusive, reflexionando sobre lo que vi y trabajando el campo espiritual y emocional.

Hice lo que hice porque lo necesitaba. Tenía una serie de dudas existencialistas (venía de atravesar una dura crisis depresiva que tuve en la navidad del 2005) y me dije: "hasta aquí nomás, no quiero seguir sufriendo en la incertidumbre". Empecé a averiguar sobre el

ayahuasca, en base a una revista donde una periodista narraba su experiencia, y en el internet, hurgando en el google, hasta dar con la página de Ronald. Bastó una llamada telefónica, de ahí a una posterior entrevista personal con el neochamán, llenarme de una confianza tal para decidir que debía hacerlo cuanto antes. Y el viaje me brindó una serie de respuestas con las cuales estoy más que satisfecho.

A pesar de lo dramático que implica la sesión con el monohuaska, es necesario hacer la purga terapéutica. La purga se hace mediante todos los conductos que tiene el cuerpo para eliminar las toxinas que no requiere. Éstas son: vomitando, sudando por los poros (y exudando las toxinas que a la larga es veneno para un cuerpo sano), escupiendo la flema depositada, expirando el aire enrarecido y vicioso que se queda en los pulmones, por la diarrea (que no ha sido mi caso ni el de la bailarina), lagrimeando, bostezando (así se ventila el cerebro), etc.

Al ser mi primer viaje, lo sentí suavecito, como tenía que ser, para no salir más traumado de eso. Pero me di cuenta que donde yo estaba, era el universo, así, al modo de semillas vivientes y capullos de mariposas. Es quizás una percepción personal e infantil de lo que tengo sobre el Universo, pero era yo y el Universo. Es mi percepción, yo he regresado del viaje con esa percepción. Y me gusta, estoy a gusto con

esa idea. Otrosí digo: ya no le tengo a la muerte. Cuando vi el Universo, vi que todos retornábamos a ese lugar, y todo era dinámico, nadie se iba a cualquier otro sitio, sino que luego de vivir dentro de la cáscara, retorna a ese lugar. La muerte, podría decirlo, ni existe. Todo es dinámico, nada se detiene. Todo es un ciclo continuo. Y nadie está solo, todo está ahí, y todos están allí esperándote que vuelvas.

Al menos, sé que cuando muera retornaré a ese lugar. Porque una sesión con el pumahuaska también es una simulación de lo que en el hemisferio izquierdo (el de la lógica, la matemática y el falso "criterio de lo que es la realidad que nos rodea siendo cáscaras") llama «morir». Estuve «muerto» por siete horas, y después regresé a la vida. Con un conocimiento personal y amplio sobre mí y la vida. Regresé renovado, en un cuerpo que lo creía enfermo, y sin embargo estaba más zanahoria que nunca. Siento que he hecho algo de suma importancia para mí, algo que lo necesitaba. Todavía no dejo de recordar algunos fragmentos de ese viaje, es más, reflexiono más sobre mí. Esta sesión ha sido gratificante para mí, he llegado a una observación tan profunda sobre mi yo, mucho más de lo que hubiera hecho en un año con un psicólogo con una sesión semanal de terapia recostado sobre un diván, con el temor y conflicto interno de contar cosas personales, a una persona que no la conozco y que se dedica a grabar todo lo

que diga o haga y luego lo transfiera a un papel, que se convierte en historia clínica identificado con un número más a su archivo. Yo mismo me he psicoanalizado, yo mismo he consultado con mi **maestro-doctor-brujo-sabio-interior** y los resultados no dejan de ser prometedores. Con esto no digo que ve y hazlo tú también. Sólo he manifestado lo que vi, viví y experimenté con el ayahuasca-puma-huaska-monohuaska-boahuaska, o la llamada soga de las almas, liana de los muertos, entre otros nombres. Al menos en mi caso lo necesitaba. Estaba en medio de una incertidumbre general. ¿Seguir viviendo? ¿Seguir estudiando una carrera que no me terminaba de convencer? ¿Seguir en este planeta? Preguntas a las cuales, de una u otra manera, he encontrado la respuesta que necesitaba.

Cuando salí a la calle, en compañía de la bailarina, Ronald y Kapulana, me sentía salido del sauna o de un gimnasio, luego de haber estado horas extenuándome los tendones y los cartílagos con tal de no echarme por temor a vomitar de nuevo. Me sentía relajado y en paz conmigo mismo. A las dos de la mañana era bien difícil conseguir un micro que me dejara en la puerta de mi casa. Caballero, no quedaba otra que tomar un taxi. Me despedí de Ronald y de Kapulana.

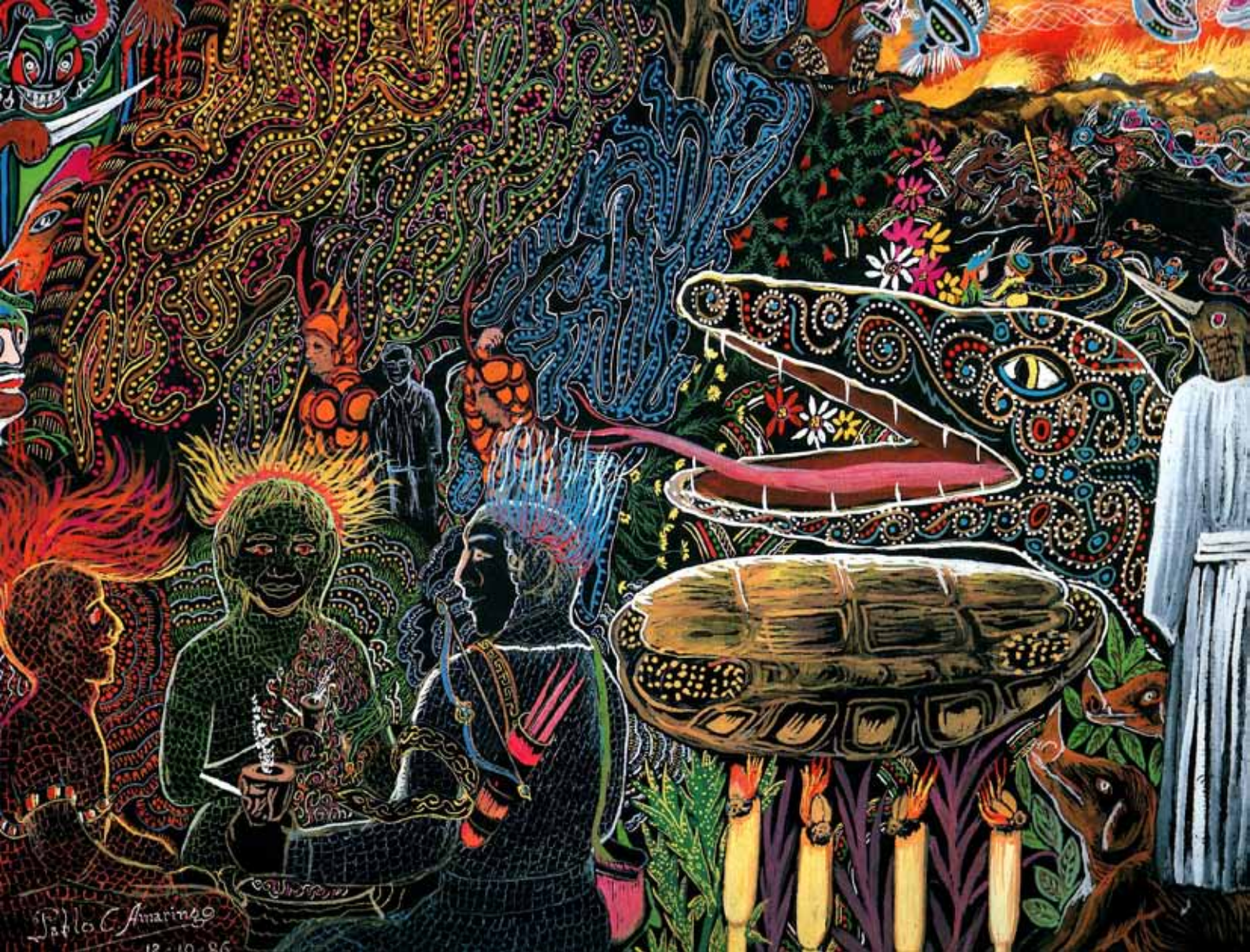
Y llegué a casa.

Reflexión final

Lo importante es que ya me siento bien, libre, más sano que antes, sin temor a la muerte y ver las cosas desde otra perspectiva.

Esto es todo lo que tenía que decir sobre mi experiencia vivida con la liana de las almas. Después de verlo todo, casi el Universo mismo, y escribirlo, siento que me he sacado una gran roca de mí. Espero que hayas disfrutado del "viaje".

La cáscara: Abel.


Pablo C. Amaringo

Se terminó de imprimir el lunes 14 del mes de enero, año 2013, en los talleres de Mano Izquierda Editores, bajo el cuidado y supervisión del autor, cuyo tiraje reducido se limita a tan solo dos ejemplares impresos y uno digital en formato pdf. Nuevamente digitalizado, en el programa InDesign, el viernes 09 del mes de octubre, año 2015.

MANO IZQUIERDA EDITORES